

Jota Erre

WILLIAM GADDIS

narrativasextopiso



POPULAR EDITION

Parker Brothers Inc.

SALEM, MASSACHUSETTS • NEW YORK • CHICAGO

U. S. PATENT 2,026,052

MADE IN

Jota Erre

Jota Erre

WILLIAM GADDIS

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
JR

Copyright ©2003, Sarah Gaddis and Matthew Gaddis
All rights reserved

Primera edición: 2013

Traducción
© MARIANO PEYROU

Imagen de portada
Foto de Monopoly

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-38-8
Depósito legal: M-25510-2013

Impreso en España

—¿Dinero...? —con voz susurrante.

—Papel, sí.

—Y no lo habíamos visto nunca. Papel moneda.

—Nunca vimos papel moneda antes de venir al este.

—Nos pareció rarísimo cuando lo vimos por primera vez.

Inerte.

—Parecía increíble que valiera algo.

—Sobre todo, después de ver la forma en que padre hacía tintinear las monedas.

—Eran dólares de plata.

—Y monedas de plata de medio dólar, sí, y de un cuarto, Julia. Las de sus alumnos. Todavía lo oigo...

La luz del sol, embolsada en una nube, se derramó de repente en fragmentos por el suelo, a través de las hojas de los árboles que había fuera.

—Se acercaba por el mirador y tintineaba al andar.

—Hacía que sus alumnos se pusieran los cuartos de dólar que le traían sobre el dorso de la mano mientras tocaban escalas. Cobraba cincuenta centavos por clase, sabe, señor...

—Coen, sin hache. Y ahora si las señoras quisieran...

—Bueno, es igual que ese chisme de que la última voluntad de padre fue que arrojaran su busto a la bahía de Vancouver y que esparcieran sus cenizas sobre el agua, y que James y Thomas se subieron al bote y los dos tuvieron que ponerse a darle golpes al busto con los remos porque era hueco y no se hundía, y los cogió una tormenta cuando estaban allí y empezó a soplar el viento y les echó las cenizas a los dos sobre la barba.

—Nunca le hicieron un busto a padre, Anne. Y no recuerdo que estuviera nunca en Australia.

—Eso es lo que quería decir, cómo surgen los chismes.

—Bueno, no creo que ayude repetirlos delante de un absoluto desconocido.

—Yo no diría que el señor Cohen es un desconocido, Julia. Conoce nuestros asuntos incluso mejor que nosotras.

—Señoras, por favor. No he venido aquí para enterarme de sus asuntos íntimos, sino porque, como su hermano murió intestado, habrá que tratar de ciertas cuestiones que de otro modo no tendrían por qué salir a la luz. Y ahora, para volver al tema de...

—Estoy segura de que no tenemos nada que ocultar. Muchos hermanos no se llevan bien, al fin y al cabo.

—Y haga el favor de venir y sentarse, señor Cohen.

—Podrías contárselo todo, Julia.

—Bueno, padre sólo tenía dieciséis años. Como digo, Ira Cobb le debía dinero por algún trabajo que había hecho padre, probablemente, reparar alguna máquina agrícola. Padre siempre fue habilidoso con las manos. Y entonces, surgió un problema: en lugar de pagarle, Ira le dio a padre un viejo violín y él se lo llevó al granero para intentar aprender a tocarlo. Bueno, su padre lo oyó y se fue para allá de inmediato y le rompió el violín en la cabeza a padre. Éramos cuáqueros, al fin y al cabo, y los cuáqueros no hacen nada si no es por dinero.

—Naturalmente, señorita Bast, todo eso es... de lo más encomiable. Y ahora, volviendo al tema de las propiedades...

—De eso estamos hablando, tenga un poco de paciencia. Bueno, el tío Dick, el hermano mayor de padre, había regresado a pie hasta Indiana recorriendo paso a paso todo el camino desde la prisión de Andersonville.

—Y después de ese asunto del violín, padre abandonó el hogar y se matriculó en magisterio.

—Lo único que había deseado toda su vida era poseer todo lo que se viera en todas direcciones. Espero que ya le hayamos aclarado las cosas.

—Podríamos hacerlo si volviera aquí y se sentara. No va a descubrir nada mirando por la ventana.

—Tenía la esperanza —dijo el señor Coen desde el otro extremo de la habitación, donde parecía estar tratando de tranquilizarse contra el marco de la ventana—, tenía la esperanza de que la señora Angel estuviera con nosotros hoy —continuó con un tono tan desesperanzado como la mirada que dirigía hacia el exterior a través de los árboles de hoja perenne recién ensombrecidos que sofocaban la posibilidad de que las rosas se desmadraran sólo para que los estrangulara la madreSelva, que hacía mucho tiempo que arrollaba al parral de atrás, donde otro edificio era devorado silenciosamente por los rododendros delante de sus ojos.

—¿La señora Angel?

—La hija del difunto.

—Ah, es el nombre de casada de Stella, ¿no? Te acuerdas, Julia, padre solía decir que...

—Bueno, Stella llamó hace un rato, tú misma me lo dijiste, Anne. Dijo que iba a tomar otro tren, uno que salía más tarde.

—El apellido en realidad era Engels, en algún momento lo cambiaron...

—Me temo que, entonces, no podré verla, tengo que estar en el juzgado...

—No me parece que haya ninguna necesidad, señor Cohen. Si el marido de Stella está tan impaciente que se dedica a contratar abogados y se presenta corriendo en el juzgado...

—Se le va a caer ese botón, señor Cohen. Thomas también tuvo ese problema cuando engordó. Tampoco le duraban nada las rayas de los pantalones.

—Señorita... Bast. Me temo que tendré que ser claro. El hecho de que hoy tenga que ir al juzgado no tiene nada que ver con este tema. No hay ninguna razón por la que esto tenga que llegar a los tribunales. De hecho, créame, señorita Bast, créanme las dos, señoras, lo último que desearía sería... verlas a ustedes en los tribunales. En fin. Deben comprender que no estoy aquí sólo en calidad de abogado del señor Angel, estoy aquí como asesor de la General Roll Corporation...

—¿Te acuerdas de cuando Thomas la puso en marcha, Julia? ¿Y de que pensábamos que era un amigo militar que se había hecho?

—Claro que era James el que tenía amigos en el ejército.

—Sí, se había ido a la guerra, sabe, señor Cohen. Tamborilero en la guerra de España.

—¿La... guerra de España? —murmuró vagamente, aferrado al respaldo de la silla Queen Anne, delante de la chimenea vacía.

—Sí. No era más que un niño.

—Pero... ¿la guerra de España? Eso fue en el treinta y siete, ¿no? ¿O en el treinta y ocho?

—No, no hace tanto. Supongo que querrá decir en el noventa y siete, o en el noventa y ocho. ¿Cuándo fue, Anne? Cuando hundieron el Maine.

—¿Quién? Nunca he oído hablar de él. ¿Se encuentra mal, señor Cohen?

—Sí, Thomas se marchó justo después que James, pero era demasiado enclenque para la guerra, desde luego. Se unió a un espectáculo ambulante de negros que pasó por la ciudad, tocaba el clarinete en el entreacto y también le dejaban ocuparse de los perros, de encontrar residencias para animales donde dejarlos. Tal vez se haya fijado en la cicatriz que tiene, señor Cohen, de cuando uno de los sabuesos le desgarró el pulgar. La llevó consigo hasta la tumba, pero no pensará irse tan pronto, ¿verdad, señor Cohen?, desde luego, si ya hemos contestado a todas sus preguntas, me imagino que estará muy ocupado.

—A lo mejor el señor Cohen querría tomar un vasito de agua fría.

—No, no es... agua lo que necesito. Señoras, si ustedes, sólo un momento, si pudieran prestarme toda su atención...

—No tenemos nada que objetar, señor Cohen. Le estamos contando todo lo que recordamos.

—Sí, pero algunas cosas no son precisamente relevantes...

—Si usted nos dijera qué es lo que quiere saber, en lugar de dar vueltas por la habitación agitando los brazos. Queremos que todo esto se arregle tanto como el que más.

—Sí..., gracias, señorita Bast. Precisamente. Bueno. Como todos sabemos, el grueso de la herencia de su hermano consiste en su participación de control en la General Roll Corporation...

—¡Participación! Creo que Thomas tenía por lo menos cuarenta participaciones, ¿o eran cuarenta y cinco, Anne? Porque nosotras...

—Precisamente, señorita Bast. Desde su fundación, General Roll ha sido una compañía controlada estrechamente por miembros de su familia y con muy pocos accionistas. Bajo la dirección del difunto, y más recientemente, la de su yerno, el señor Angel, General Roll ha prosperado de un modo considerable...

—Lo cierto es que no se ha notado en los dividendos, señor Cohen. No ha habido dividendos, así de sencillo.

—Precisamente. Éste es uno de los problemas que tenemos que afrontar. Como su hermano y, más recientemente, su yerno han preferido que la compañía creciera, en lugar de limitarse a obtener beneficios de ella, su valor neto ha crecido de un modo considerable, y con dicho crecimiento, naturalmente, han surgido ciertas obligaciones con las que la compañía en este momento tiene que cumplir urgentemente. Como no se llevó a cabo un acuerdo de compraventa con el difunto antes de que falleciera, no se hizo un plan para que los principales accionistas compraran las participaciones de los socios fallecidos ni un plan que permitiera que la propia compañía adquiriera su participación; en ausencia de esta clase de acuerdos, el dinero que habrá que dedicar a pagar los muy sustanciosos impuestos de sucesiones...

—Julia, estoy segura de que el señor Cohen está complicando innecesariamente las cosas...

—Además de las complicaciones inherentes a cualquier situación en la que el difunto fallece intestado...

—Julia, ¿no puedes...?

—Y añadiendo las complicaciones causadas por ciertas cuestiones sin resolver y un tanto delicadas relativas a la situación familiar que hoy he venido a comentar con...

—¡Señor Cohen, por favor! Siéntese y vaya al grano.

—Sí, después de todo, Julia, acuérdate. Charlotte murió sin hacer testamento y padre se limitó a sentarse y repartir las cosas, desde luego, yo creo que James siempre sintió que...

—Sí, James dejó bien claro cómo se sentía. Siéntese aquí, señor Cohen, y deje de agitar esa hoja de papel.

—Es... sólo el poder que ya les he mencionado —dijo, rindiéndose y sentándose en la silla Queen Anne, cuyo brazo se salió cuando él apoyó la mano.

—¡Julia! Pensaba que Edward la había arreglado.

—Lo que arregló fue el pestillo de la puerta de servicio, Anne.

—Pues no funcionaba cuando abrí al señor Cohen. Tuvo que dar la vuelta y entrar por atrás.

—Pensaba que había entrado por la puerta de servicio, señor Cohen.

—Bueno, fui yo quien le abrió, Julia. Al fin y al cabo.

—Pensaba que Edward había...

—¿Abierto la puerta?

—No. Que había arreglado el pestillo.

El señor Coen, tras volver a colocar el brazo de la silla en su lugar, se inclinó cuidadosamente hacia el otro lado.

—Éste es el poder que he traído para que lo firme su sobrino Edward —dijo, apoyando los codos en sus rodillas, un lugar sólo ligeramente más estable—. Es, es una mera formalidad, en este caso. Naturalmente, querer es...

—Poder. Está usted hoy muy ingenioso, señor Cohen, pero créeme, Anne, a mí me parece que ésta era la voluntad de Thomas, que las cosas se enredaran de esta forma.

—Sí, basta con echar un vistazo a estos obituarios, y por qué los habrá traído el señor Cohen si no es para enredar las cosas todavía más. Al leerlos es difícil incluso enterarse de

quién ha muerto. ¿Has visto éste? Habla todo el tiempo de James, James, y no menciona a Thomas en absoluto.

—Yo lo incluí simplemente porque... —comenzó, en un tono que parecía el eco de un tono profundo, mientras colocaba el titular de periódico que se había volado delante de sus ojos, de su mirada ausente—. Llega al periódico la noticia de una muerte, si alguien tiene prisa y no oye más que el apellido, podría coger el obituario que ya está escrito sobre alguien como su hermano James, alguien tan destacado como su hermano James, tienen uno escrito y actualizado para que el día que...

—¡Pero James no está muerto!, sólo está fuera...

—En el extranjero, recibiendo no sé qué condecoración.

—Sí, sí, de hecho, creo que si leen ese recorte...

—Parece que eso es lo único que hace James, ir por ahí recibiendo condecoraciones.

—No es que no se las merezca, Julia. No le demos una impresión equivocada al señor Cohen, quién sabe lo que contará de nosotras.

—Yo, señoras, les aseguro que lo único que quiero es llevarme este poder firmado por su sobrino. Como sus hermanos, eh, no estaban demasiado unidos, y el difunto falleció intestado, la colaboración de los supervivientes es...

—Hace que esto parezca un naufragio, señor Cohen.

—Bueno, ahora que lo menciona, señorita Bast...

—Creo que entiendo lo que está tratando de decir. Va a sacar a relucir todos esos viejos chismes sobre que James y Thomas no se llevaban bien.

—No creo que pudiera encontrar otros dos hermanos que se desvivieran el uno por el otro como lo hacían James y Thomas. Ninguno tuvo un trabajo que el otro no afirmara haberle conseguido.

—La Sinfónica Rusa...

—¿Y la Banda de Sousa?, desde luego, había cierto espíritu competitivo entre los chicos. Nadie va a negar eso, señor Cohen. Teníamos una orquesta familiar, ¿sabe?, y ensayaban tres e incluso cuatro horas al día. Todas las semanas padre le

daba diez centavos al que hubiera mejorado más. Desde que tenían seis años hasta que se fueron de casa...

—Si Julia tocaba el... ¿Dónde va, señor Cohen? Si se sienta un momento, estoy segura de que encontraremos un poco de hilo negro. Puedo coserle ese botón mientras charlamos.

—Mientras espero para hablar con su sobrino Edward...

—Sea lo que sea ese papel que le ha traído, no creo que él tenga ninguna prisa por firmarlo.

—Sí, recuerdo que padre nos decía que nunca firmáramos nada sin haberlo leído con mucha atención.

—Pero, ¡señoras!, quiero que lo lea, le ruego que lo lea. ¡A ustedes también les ruego que lo lean! Sólo son unas líneas, es una mera formalidad, un poder para autorizar el nombramiento de la hija del difunto, esa Stella, la señora Angel, como administradora de la herencia de su padre, de modo que podamos presentar en el juzgado...

—Señor Cohen, usted dijo claramente que esperaba evitar que tuviéramos que ir a los tribunales. ¿Tú no oíste que dijo eso, Anne?

—Desde luego que lo oí. Y no sé qué dirá James sobre todas esas idas y venidas.

—James tiene un gran instinto para la justicia, señor Cohen, y aunque es compositor, sabe bastante de derecho. Si tenemos que acabar yendo a los tribunales para establecer qué está bien y qué está mal...

—Señora, señorita Bast, por favor, se..., se lo suplico, eso no va a suceder, no hay ningún motivo para que suceda. El derecho, señorita Bast, permita que se lo diga, el derecho...

—Tenga cuidado con esa lámpara, señor Cohen.

—No se trata de la justicia ni del bien y el mal. El derecho busca el orden, señora Bast. ¡El orden!

—Vamos, señor Cohen, haga el favor de sentarse y quedarse quieto. He encontrado hilo negro aquí en esta cesta.

—Y establecer un acuerdo en un marco legal sirve para proteger a todos los implicados. Bueno...

—Quizá prefiera quitarse la chaqueta. Tengo miedo de que se le caigan los papeles.

—Sí. Gracias. No. Bueno...

—Es hilo de alfombra, es muy fuerte. Probablemente, le durará más que el propio traje.

—Quiero asegurarles que firmar el poder no afectará en absoluto a ninguna reivindicación que su sobrino pueda plantear sobre la herencia del difunto. Pero debido a su posición un tanto ambigua...

—Lo compré para los botones del abrigo de padre. Siempre duraba más que los propios abrigos.

—No sé qué está sugiriendo, señor Cohen, pero...

—Así es como yo la entiendo, señorita Bast, la posición en la familia de su sobrino Edward. Su madre, que era conocida como Nellie...

—No es que fuera conocida como Nellie. Nellie era su nombre de pila, aunque mucha gente pensaba que era un apodo. Pero no veo ninguna razón para que empecemos a entrometernos...

—¡Señoras, no estoy aquí para entrometerme en nada! Pero para llegar a una resolución legal sobre la sucesión de su hermano, su relación con Nellie y Edward es sumamente pertinente. Bueno, según he entendido, su hermano Thomas tenía una hija, Stella, de su primera mujer, quien después murió...

—Yo, la verdad, no diría quien después murió, señor Cohen. Lo cierto es que ella seguía viva cuando...

—Desde luego, perdónenme. En cualquier caso, Thomas se volvió a casar con una tal Nellie, quien a su debido tiempo parece haberse separado de él para empezar a cohabi..., eh, para...

—Sí, para casarse con James. Precisamente. Pero yo, la verdad, no diría a su debido tiempo, señor Cohen. Creo que todos nos quedamos muy sorprendidos.

—No lo sé, Anne. Nellie era bastante veleidosa.

—Recuerdo que James empleó esa palabra, ahora que lo dices. Fue cuando Rajmáninov vino de visita. Me acuerdo porque acababa de asegurarse los dedos. ¿Me puede pasar esas tijeras, por favor, señor Cohen?

—Sin embargo, sí, gracias, aquí tiene; bueno, sin embargo, en ausencia de un documento de matrimonio contraído legalmente por la mencionada Nellie y James...

—Mi querido señor Cohen...

—Y de hecho, de cualquier prueba de divorcio legal y vinculante entre la antedicha Nellie y el difunto...

—La verdad es que no parece necesario...

—Y aunque parece sabido que esta Nellie antes mencionada era la, vivía como la, eh, la esposa de James, el hermano del difunto, en el momento en que dio a luz a su hijo Edward, y llevaba en esa situación un tiempo indefinido con anterioridad a este acontecimiento, no obstante la continuada ausencia de un certificado de nacimiento que atestigüe las circunstancias de su, eh, procedencia, Edward está en posición de plantear una reivindicación sustancial en relación con la herencia que aquí se considera, y por lo tanto...

—No entiendo ni una palabra de lo que ha dicho, señor Cohen, y de dónde ha sacado ese papel que está leyendo...

—Lo he escrito yo, señorita Bast, es el...

—Sus gafas se parecen bastante a las que James perdió aquel verano cerca de Tannersville, verdad, Julia.

—Sólo con pensar en que vuelvan a salir a la luz todos los chismes. Vaya, Edward ha sido completamente feliz aquí y James ha sido un buen padre para él, nunca ha habido ninguna clase de problema, por qué...

—Pero yo no pongo eso en duda, señorita Bast. El tema es simplemente que con respecto a la sucesión de su hermano, hasta que su posición quede establecida con total claridad, él..., qué...

—Es sólo una pequeña hilacha que todavía le cuelga de ahí, quédese quieto un poco...

—Sí, gracias de nuevo por el botón, señorita Bast, pero...

—¿Se va a marchar tan pronto?

—No, sólo espero, creo que a lo mejor, a lo mejor pienso mejor de pie...

—Se le están cayendo esos papeles, Julia.

—Señorita Bast, y..., sí, gracias, señorita Bast, y por lo tanto...

—Cuando murió Nellie, señor Cohen.

—Salvo disposición en sentido contrario...

—James lo trajo aquí, sabe, y prácticamente lo hemos criado nosotras. El trabajo de James siempre ha sido muy exigente. Ahí atrás está su estudio, puedo verlo por aquella ventana lateral, y a veces se ausentaba durante días...

—Pero el tema, el tema, señorita Bast, el tema legal que estamos considerando ahora es...

—Julia, creo que he oído algo, sonaba como un martilleo, alguien martilleando...

—La presunción, como comprenderán, la presunción de legitimidad, aunque no es concluyente y sea impugnabile en primera instancia, sigue siendo una de las presunciones más fuertes del derecho, y no dejará de serlo, señorita Bast; sí, dónde está, Hubert contra Cloutier; no dejará de serlo a no ser que el sentido común y la razón se vean atropellados por las estructuras que soportan...

—No se puede negar, Julia, que en aquel momento todos pensamos que el comportamiento de James era escandaloso...

—En general esta presunción ni siquiera se puede superar con pruebas del adulterio de la esposa, con respecto a la reivindicación de su sobrino, incluso cuando dicho adulterio se considere probado al comienzo del periodo habitual de gestación, como se sostiene en Bassel contra la Ford Motor Company...

—Señor Cohen, por favor, Edward no tiene nada en contra de la Ford Motor Company ni contra nadie, y ahora...

—Sólo estoy exponiendo la posición legal en que se encontraría, señorita Bast, en el caso de que decidiera apelar a...

—Un martilleo, ¿tú no lo has oído?

—Posiblemente sus testimonios y el de su hermano James con respecto al periodo de cohabitación con la ya mencionada Nellie, anterior al nacimiento de Edward, ya que meramente hay una presunción de hecho de que..., un momento, por favor, aquí está, sí, de que un niño nacido en el seno del

matrimonio es legítimo si el marido y la mujer se han separado y el periodo de gestación necesario para que el marido pueda ser el padre, aunque resulte posible, es excepcionalmente largo y opuesto al curso habitual de la naturaleza, ¿lo ven? Bien, pues para poner en marcha un procedimiento con el fin de establecer el derecho a las propiedades de una persona fallecida, es el demandante quien lleva la carga probatoria que demuestre su parentesco con el difunto, en la que el parentesco es el tema, naturalmente, como en este ejemplo de una demanda basada en el hecho alegado de que el demandante es hijo del difunto, y..., sí, que mientras en primera instancia, dónde, sí, está, las pruebas de la filiación de las que surge la presunción de legitimidad son suficientes como carga probatoria y bastan para establecer la condición de hijo legítimo y heredero si no se presenta ninguna prueba que demuestre la ilegitimidad, la carga probatoria para establecer la legitimidad no cambia y el demandante debe establecer su legitimidad cuando se presentan pruebas directas, así como pruebas de potentes, ¿aquí dice potentes?, potentes, sí, potentes circunstancias que pongan en entredicho su reivindicación de legitimidad. Bueno, con respecto a las pruebas pertinentes para demostrar la filiación...

—Señor Cohen, le aseguro que no hay ninguna necesidad de seguir adelante, si...

—Señoras, no tengo elección. Para organizar una sucesión de estas proporciones y esta complejidad es mi deber que, en relación con los derechos legales de su sobrino, tanto a ustedes como a él todo les quede más claro que el agua. Bueno.

—Es muy amable por su parte, Julia, pero debo decir...

—Comprenderán que actuar sin tomar en consideración los posibles derechos de su sobrino en la sucesión sería poner en peligro la posición legal de todos los implicados, ya que asumir que un hijo es bastardo no es permisible si no hay una resolución judicial que establezca esa conclusión...

—¡Señor Cohen!

—E incumbe a la parte que asume la ilegitimidad como un hecho refutar toda posibilidad razonable de lo contrario, y como

parece suceder aquí, en el caso de un hijo nacido o concebido en el seno del matrimonio, debe demostrarse que el marido de la madre no puede ser de ninguna manera el padre del hijo.

—¡Más claro que el agua, señor Cohen!

—Más claro que el agua, y aunque soy consciente de que ustedes pueden hallar ciertos términos legales un tanto crípticos, no obstante, para aportar pruebas con el objeto de afirmar la legitimidad, una declaración de la difunta madre, por ejemplo, resultaría admisible, o cualquier documento vinculante similar que sirva para apoyar la existencia de una relación familiar, como parte de una serie de *res gestae*, que arroje luz...

—Nellie nunca fue de las que escriben cartas.

—O fotografías. —Se acercó agitando un montón de papeles a la pared que había a su espalda—. Con el objeto de comparar las características físicas del niño con las del marido y las de cualquier otro hombre que...

—Justo detrás de su hombro izquierdo, señor Cohen, ése siempre ha sido mi retrato favorito de James. Ahí están, los dos sentados en el árbol, el otro es Maurice Ravel. Se ve muy bien el perfil de James, aunque a él siempre le pareció que nuestra sangre india...

—No creo que sea el momento de hablar de eso, Anne.

—No hay ningún problema, señoras. Lo tengo por aquí en algún lugar...

—La verdad, Anne...

—Sí, aquí está, incluso cuando las leyes estatales contemplan el caso de matrimonios nulos en relación con la legitimidad, el caso de un hombre blanco y una mujer india se ha considerado ilegítimo...

—Es sangre cherokee, compréndalo, señor Cohen. Es la única tribu que tenía su propio alfabeto.

—A pesar de que el presunto matrimonio pueda haberse comportado de acuerdo con las costumbres de los indios o de una reserva india situada en el territorio, y esto, en mi opinión, debería bastar para que todo quede claro. No es un tema en el que convenga inmiscuirse, señorita Bast.

—Quizá quiera ver esa foto de Charlotte con el tocado en la cabeza, de cuando se fue de gira con...

—No. Parece que hay otra hermana en alguna parte. Carlotta.

—Precisamente, Anne estaba hablando de ella. Está ahí, justo detrás de usted, señor Cohen.

—¿Ella qué?, ¿quién...?

—Tenga cuidado, por favor, va a romper algo. Está ahí, encima del edificio de la cúpula. Es uno de los pabellones masónicos de James. Charlotte lleva un sombrero verde de fieltro, pero, desde luego, el color no se ve en la foto. Se lo compró para el día de su boda.

—Rehízo completamente esta casa, sabe, señor Cohen. Después de sufrir un derrame, que fue el motivo por el que dejó los escenarios. Llegó a ser bastante popular en los teatros del Circuito Keith, donde dio a conocer, cómo se llamaba esa canción, Julia. Sé que la partitura tiene que estar por aquí en alguna parte, probablemente, en el estudio de James. Lleva un sombrero diseñado para parecer una margarita. Por eso se puso de nombre Carlotta, claro está.

—¿Y murió a causa de aquel derrame?

—No, desde luego que no. Siguió adelante, con un bolso bordado con cuentas en el brazo afectado, y salvo por la ligera cojera que sufría cuando estaba cansada, no se le notaba nada lo que le había ocurrido. Pasaba casi todos los inviernos en El Cairo.

—¿El Cairo?, eso..., eso está en ¿Egipto? Quizá... —El temblor pareció recorrer su voz hasta el brazo en el que tenía a media altura el reloj de muñeca—. Cuando haya hablado con su sobrino Edward, va a bajar...

—Si el señor Cohen quisiera ir al grano, tal vez no haría falta molestar a Edward.

—Sí, señor Cohen. Si nos contara cómo podemos arreglar lo de Edward...

—¿Arreglar lo de Edward? Ya no es un niño, ¿verdad?

—¡Un niño! Es más grande que usted, señor Cohen, y no hace falta que grite.

Considerada por un crítico como «la mayor novela satírica de la historia de la literatura americana», *Jota Erre* le valió a William Gaddis el National Book Award. Su protagonista es un entrañable niño de once años, Jota Erre Vansant, que construye un imperio de papel sin más elementos que un teléfono y una galopante ambición que carece de escrúpulos. Escrita en el inconfundible estilo gaddisiano de caos fragmentario, *Jota Erre* es una despiadada burla de la perversión del sueño americano y de cómo los valores de acumulación individualista conducen de manera inevitable al caos y la desestructuración.

Construida principalmente mediante diálogos, la intención de Gaddis era que *Jota Erre* reflejara su visión de la sociedad contemporánea como «un caos inconexo, una tormenta de ruido». Al igual que en su novela póstuma *Ágape se paga* (publicada por Sexto Piso en 2008), encontramos aquí, de manera más profunda y detallada, otras de las grandes obsesiones del autor: cómo el arte se corrompe mediante la mecanización de la vida cotidiana, y la preeminencia indiscutible de los valores asociados con la acumulación y la avaricia. Al igual que algunas novelas monumentales han pasado a la historia como retratos impercederos de determinadas épocas, *Jota Erre* recoge de manera magistral el auge y el declive de la sociedad americana, que resulta fundamental a la hora de comprender la trayectoria del mundo occidental y la profunda crisis existencial en la que se encuentra inmerso.

«*Jota Erre* es un éxito salvaje y divertido. Merece el alboroto y el presupuesto de *marketing* que normalmente se reserva para los escritores que reciben adelantos de siete cifras. Merece un ejército de lectores dedicados que, con devoción casi religiosa, se tomen el tiempo de descubrir las maravillas y misterios de esta sátira hilarante, castigadora y brillante del capitalismo estadounidense. Más que casi cualquier cosa publicada hoy día por escritores jóvenes o consagrados, *Jota Erre* es la novela de nuestro tiempo».

LEE KONSTANTINOU, *Los Angeles Review of Books*

